

Vega González, M.<sup>a</sup> (2020). *Creando comunidades de aprendizaje en la universidad: Una propuesta de formación experiencial*. Morata, 292 pp.

¿Cómo llegar a ser un profesor universitario comprometido con la tarea docente y con el aprendizaje de los estudiantes? Esta es la máxima en la que María Vega centra su libro. *Creando comunidades de aprendizaje en la universidad: una propuesta de formación experiencial* es un escrito que desde su introducción nos inmerge de lleno en la lectura, y lo hace por ser una reflexión en primera persona que parte de la propia experiencia de la autora. Y es que no hay nada mejor que la vivencia personal para transmitir en profundidad lo que se quiere contar, para motivar el cambio en quienes sienten la necesidad de dar lo mejor de sí en su práctica como docentes.

Dividido en cuatro partes, nos situamos en el punto de partida: querer ser la mejor versión del docente que se tiene dentro. El primer paso se centra en generar una imagen del “posible” profesor que se quiere ser, “posible” entendido como una afirmación, no como una posibilidad.

Los dos primeros capítulos invitan a reflexionar sobre las propias creencias que subyacen en el profesor cuando se enfrenta a la tarea de enseñar. La autora expone la necesidad de reformular la función docente, valorando que lo importante en el aula es decidir conjuntamente qué y cómo se va a trabajar, profundizar y aprender. Estos capítulos suponen una oportunidad que permite valorar la propuesta de convertirse en

docentes aprendices, considerando al educando como un maestro del que se aprende y que ayuda a mejorar la práctica en el aula.

¿Por qué queremos ser profesores y por qué consideramos necesario implicarnos en nuestra formación docente? ¿Qué motiva al profesorado universitario? La autora anima a los profesores universitarios a plantearse seriamente estas cuestiones, con el fin de que consigan ser conscientes de que la motivación hacia la docencia repercute en los estudiantes. De hecho, el docente es uno de los principales responsables de la motivación y de la permanencia del alumnado en la universidad.

Si el objetivo de la primera parte es motivar la reflexión sobre el tipo de profesores que se quiere ser, la segunda parte brinda una clave esencial para mejorar la práctica docente. Esta clave propone entender la labor en las aulas como una evaluación continua que sea el eje y constituya la base del proceso de enseñanza – aprendizaje. Los docentes universitarios han de evaluar todo lo que hacen, evaluar por qué lo hacen, y evaluar cómo lo hacen.

El cuarto capítulo quizá sea el más atractivo, tanto por su denominación como por su contenido. Con este epígrafe, titulado “¿Cómo ayudo a aprender y cómo me gustaría hacerlo?”, la autora invita a los docentes a reflexionar sobre la propia práctica, la autoevaluación y la reflexión sobre dónde estamos, dónde queremos estar, y qué hacer para ello.

¿Qué profesor/a somos? ¿Incluimos a todos los estudiantes o seleccionamos

aquellos en los que nos vamos a centrar? ¿Valoramos el aprendizaje como una adquisición de respuestas, o buscamos un aprendizaje significativo para la transferencia? ¿Cómo queremos que aprendan nuestros estudiantes? Con estas y otras preguntas la lectura nos introduce en nueva sección, que parte de un enunciado básico pero muy potente: el cambio empieza en uno mismo. Si queremos cambiar lo que no nos gusta, tenemos que empezar por nosotros mismos.

Pero si ya hemos aceptado que queremos cambiar, ¿por dónde podemos o tenemos que empezar? En los dos capítulos del tercer bloque se ahonda en las comunidades docentes de aprendizaje (CDAs). Una comunidad de aprendizaje, además de ser un espacio compartido y consensuado por todas las personas que la integran, y donde todos son aprendices, es un viaje, un trayecto, un proceso, en el que no se está solo, sino que el punto de apoyo son el resto de los miembros de la CDA.

A lo largo de la lectura, se va comprendiendo que el perfil de profesor de universidad actual ha cambiado. De un docente universitario se espera alguien capaz de dialogar, de comunicarse asertivamente con los demás y de trabajar con personas de diferente formación y puntos de vista, y la CDA tiene un papel fundamental en este propósito.

Con la firme intención de animar a generar CDAs en nuestras aulas, la autora ofrece un ejemplo real de cómo llevar la CDA al aula universitaria, proporcionando pautas, consejos y anotaciones para demostrar que, aun siendo una tarea difícil, no es imposible. Por ello, como

ayuda final, nos propone los principios que facilitan el aprendizaje centrado en la persona, los 4CRAS: aprendizaje constructivista, recíproco, autorregulado y situado. Teniendo en cuenta estos cuatro fundamentos, la CDA será un éxito.

Para poner el broche a la lectura, en la cuarta parte del libro la autora regala una nueva experiencia real que, sin duda, puede servir y ayudar en la práctica docente. Partiendo de la base de que del conflicto se aprende, y que puede llegar a ser una excelente oportunidad de enseñanza, se describe un caso concreto en el que un conflicto se torna en una posibilidad de enriquecimiento para todos los integrantes de la CDA. La CDA implica un compromiso en el aula, un contrato entre el docente y los estudiantes, por lo que todos los acontecimientos que se viven dentro de ella no pasan por alto, sino que, por el contrario, se convierten en ocasiones de aprendizaje.

Desde esta perspectiva, la autora propone un escrito completo, fundamentado, que busca la acción, tratando de reducir la brecha entre la teoría y la práctica en la formación, mediante la posibilidad de incardinar las principales teorías del aprendizaje en una práctica docente íntegra y comprometida. Siguiendo y respetando las propuestas de Bruner, nos ofrece una posibilidad de adoptar su teoría: respetar la secuencia del aprendizaje (4CRAS) a través de la acción (CDA), previa a la representación (partiendo de las principales teorías del aprendizaje).

Este libro supone una oportunidad, tanto para los docentes experimentados

como para aquellas personas que comienzan sus andadas en el mundo de la docencia universitaria. Para los primeros, se trata de una ocasión de reaprender. Somos seres que aprendemos constantemente, a lo largo de toda la vida, y nunca es tarde para salir de nuestra zona de confort. Para los segundos, se convierte en una herramienta más entre todas las que se pueden ir descubriendo, para encontrar aquella práctica que encaja con nuestra forma de entender la docencia. Para ambos perfiles, puede ser el instrumento que motive en la labor universitaria.

En este sentido, no podemos obviar la situación actual que estamos viviendo, donde una pandemia ha cambiado la forma de experimentar y de hacer la educación en todos los contextos. El aula universitaria también se ha visto afectada, y, en ocasiones, nos encontramos ante clases donde peligra el sentimiento de pertenencia al grupo, ya que

el conjunto de estudiantes no se conoce más allá de las pantallas. En estas circunstancias, el regalo que hace María Vega con su libro es aún mayor. Se plantea una enorme oportunidad de actuación docente, animándonos a incluir la CDA en nuestras aulas, donde, ahora más que nunca, cobra sentido la unidad grupal.

En definitiva, *Creando comunidades de aprendizaje en la universidad: una propuesta de formación experiencial* es un texto que busca despertar la curiosidad, agitar la conciencia de las y los docentes que buscan un cambio, que están implicados en su labor y que quieren sacar el máximo partido a su trabajo. Se convierte en un libro que todo profesor universitario comprometido con su tarea docente, y con el aprendizaje de sus estudiantes, debería, al menos, conocer.

María Álvarez-Couto

*Universidad Complutense de Madrid*